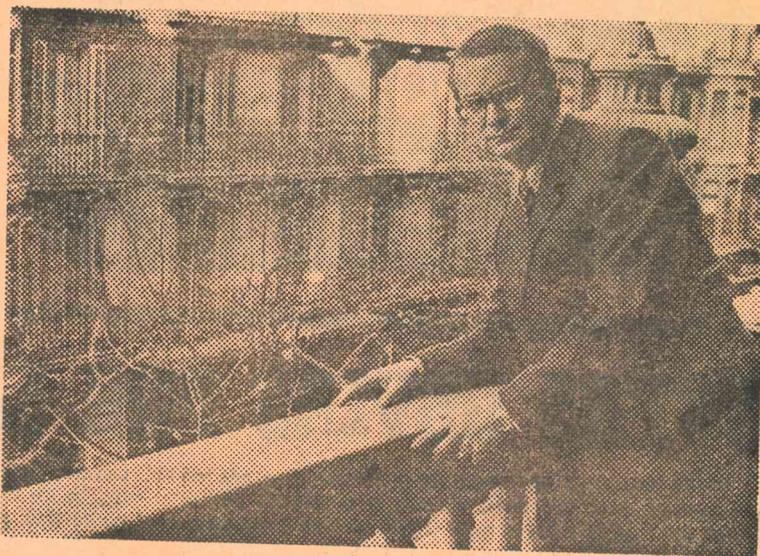


Campesinos de laboratorio

Miquel Angel Riera, mallorquín y ganador del último Sant Jordi con su novela «Morir quan cal» (1), es un excelente prosista, un escritor vigoroso, pero no un buen novelista. Su práctica poética (cuatro libros en su haber) le ha proporcionado una indiscutible habilidad en el manejo de verbos y adjetivos. Su vocabulario es rico y lo combina con una simplicidad —no exenta de barroquismo— que puede ser emparentada a la de sir Rabindranath Tagore. E incluso, la capacidad de Rier para describir hechos concretos y trenzar situaciones de intenso dramatismo —en el buen sentido de la expresión— supera ampliamente la de muchos de nuestros narradores. Nos lo demostró con algunas páginas antológicas de «Fuita i martiri de sant Andreu Milà», y hoy lo confirma con «Morir quan cal».



Pero todo esto no basta para hacer un buen novelista y una buena novela. La novela es un género que tiene sus exigencias internas y ante este hecho sólo caben dos opciones: o respetarlas o destruirlas radicalmente. Riera no hace ni lo uno ni lo otro. Una vez más —como en «Fuita i martiri»—, Riera adopta los módulos de la novela realista para ofrecernos un relato simbólico. Ambos planos se interfieren constantemente, como dos actores que se pisan mutuamente las réplicas, y el resultado es inevitable: ninguno de los dos se hace oír de forma clara.

Miquel Angel Riera no puede ser un buen novelista porque sólo ha sabido inventar un único personaje que, presumiblemente, es él mismo y nos lo viste con ropas que no le corresponden. Se trata de un personaje constantemente torturado por el sexo y la muerte, obsesivamente dominado por el tema de la salvación —la redención— y la culpa, surgido directamente de los Evangelios o, al menos, de una cierta lectura de los Evangelios. En «Fuita i martiri», se llamaba Andreu Milà, el delincuente que se dejó condenar a muerte por crímenes cometidos por otros. En «Morir quan cal» —novela de la que sólo trataré un aspecto, por razones de espacio— es un adolescente, pariente de Milà y discípulo suyo en el propósito de purificarse y purificar el mundo aceptando voluntariamente la muerte. Nada de esto es, por supuesto, grave. Lo grave es, por una parte, que a este personaje (producto de una determinada formación intelectual) Riera nos lo vista de campesino o de delincuente y le atribuya al mismo tiempo unas formas de hablar, de pensar y de actuar propias de un licenciado en Teología. Lo grave es, en segundo lugar, que los demás personajes —en este caso los padres del protagonista, prácticamente analfabetos— no sean más que el reflejo de éste y se expresen y sientan como un seminarista que, en la soledad de la noche, escribiese su diario íntimo. Los personajes de Riera son

absolutamente inverosímiles, lo cual sería menos condenable, sin duda, si no pretendiese —al adoptar la difícil técnica del monólogo— hacerlos pasar por reales.

¿Dónde reside la inverosimilitud de Riera y, en general, de la literatura? No, por supuesto, en la capacidad de los personajes de expresarse claramente. Riera tiene razón al apartarse de un naturalismo de corto alcance en el que las criaturas ficticias se expresan como lo harían en la realidad, sobre todo cuando se trata de personajes a quienes la sociedad ha negado el derecho a poseer —e incluso a desear— unos instrumentos culturales que sí posee el escritor. Un buen escritor debe desbordar constantemente los límites de lo cotidiano, pero —tal como recordó Lukacs, apoyándose en Balzac— debe mantenerse siempre fiel a su contenido social. En otros términos, si un buen campesino debe expresarse mejor que los de «verdad», hay que evitar poner en su boca pensamientos que entran en profunda contradicción con su condición social, con su realidad mediata e inmediata. Y es aquí, en el terreno de los contenidos sociales, donde Riera cae en la inverosimilitud. Sus campesinos y delincuentes ni lo son, ni lo han sido. Bajo sus disfraces accidentales y en cierta medida exóticos, se esconden meras abstracciones metafísicas que, además de no facilitar la comprensión del mundo, dificultan la de la acción. Por obra y gracia de la literatura, los campesinos de Riera han conseguido lo que en la realidad no han alcanzado todavía: acceder a la universidad y militar en las filas del existencialismo. Robert Bresson, el cineasta francés, hubiese realizado con «Morir quan cal» uno de sus filmes más característicos.

Jaume MELENDRES

(1) Ed. 62. Col. «El balanci». Barcelona, 1974.